

MI PADRE

MACEDONIO FERNANDEZ

Adolfo de Obieta

*E*s difícil para mí hablar de cómo era la vida de mi padre en la intimidad del hogar porque más que recordarla tendría que inventarla, ya que el concepto y la práctica del hogar fueron tan personales como sus ideas, sus creencias, sus costumbres de ciudadano, vecino, escritor o abogado. Por eso no me veo nunca de la mano de mi padre dando vueltas a la manzana, o en la juguetería, o entrando al cine. La mayor parte de nuestra vida de hijos —fuimos y somos cuatro— no fué vivida bajo un techo común, pues muerta mi madre en 1920 mi padre no reconstruyó el hogar, sino que los hermanos nos dividimos entre las familias materna y paterna, mientras él quedó viviendo más de veinticinco años en casas de amigos o parientes, o en piezas de hotel. Sólo en 1947 vuelve a tener hogar, es decir vive acompañado por uno de sus hijos, y tiene entonces algo más de lo que había sido su mobiliario durante un cuarto de siglo: una cama, una mesa, una silla y una guitarra; llega a tener un sillón, un piano y una biblioteca, además de dos ventanas sobre la calle más hermosa, y, para no ocultarlo, pues le ha de gustar que yo sea fiel con un pequeño

rincón en el que mucho soñó, se amparó del frío, pensó y hasta escribió: tiene ahora su pequeña cocina.

Y sin embargo, la palabra “hogar” era mágica para él, quizá tanto como la palabra “madre”; acaso ambas eran una. Quizá pensaba que el único modo de sobrellevar las variadas intemperies del mundo es cobijarse en una casa de amor, mirándose muchas veces al día todos los que se quieren, bajo un solo cielo y un solo techo. No obstante, como era una naturaleza de dar y no de pedir, estaba extraordinariamente disciplinado para la vida solitaria, y si soñaba con vivir en la compañía de los seres queridos no era por esperar cuidados sino para compartir la alegría de la fraternidad y para darse el placer de servir, según la innata gentileza de su alma; hasta sus últimos días su preocupación no era tanto cuidarnos como despreocuparnos de cuidarlo.

Hacerse y rehacerse sus comidas o arreglar su habitación o su ropa era en lo posible para él asunto personal tan intransferible como pensar o soñar o escribir. Algunos de quienes lo conocieron pensarán que era un modo muy personal de desarreglar su habi-

tación —que era su cosmos y hasta el cosmos, entremezcladas la yerba con la tinta y los diarios y los anteojos— pero para él era el orden mismo, y se entristecía cuando le desordenábamos su mundo al poner cada cosa en su lugar, como si hubiera un lugar absoluto para las cosas; él pensaba que el orden debe estar al servicio de la persona y no la persona al servicio del orden, doméstico o ciudadano.

La mayor parte de la obra de mi padre, pues, ha sido escrita no se sabe dónde y no se sabe cómo. No creo que nunca haya escrito delante de un testigo; no habría sufrido ese modo de desatender la amistad. En los últimos veinte o treinta años, es posible que sólo yo lo haya visto aislarse para alguna anotación, o cuando las circunstancias me obligaban a darle algunas páginas urgentes para revisar. El escribía en su soledad, sin hogar, sin testigos, sin un escritorio, sin una biblioteca; sin otra compañía en las paredes, acaso, que los retratos tan fieles de William James y Gómez de la Serna; y escribía con apenas luz, casi a tientas, sentado en el borde de la cama o en su silla-hamaca, con el cuaderno sobre las rodillas, a veces escribiendo sobre lo ya escrito, y, desde luego, en un cuaderno comenzado por los dos extremos y en varios medios. Tampoco se sabrá lo que puede haberse perdido de su obra. Es una de esas vidas de las que siempre será mucho más lo que se ignore que lo sabido. Su biografía no se ha escrito y quizá así está más en estilo, porque tener biografía es un poco no tener ya vida.

Viéndolo vivir, viéndolo pensar y actuar, me he preguntado muchas veces, desde adolescente, qué es la “ra-

reza”, referida a la conducta y al pensamiento. Creo que mi padre ha sido la persona más “rara” que habré conocido, más natural y sinceramente diferente. Sus ideas, sus costumbres, su arte, sus planteos y soluciones teóricas y prácticas parecían seleccionadas de la antología de la heterodoxia. Y si alguien jamás se propuso desentonar, si despreciaba toda excentricidad deliberada, era él. Vivía en humor, en poesía, en libertad, en fantasía. Si se lo encontraba clavando un clavo con un vaso como martillo, lo hacía con la misma naturalidad con que imaginó que con rosas se pudiera apartar a la muerte: rosas para que la muerte no tuviera hambre de las mejillas del ser amado. Si jugaba al florete en la cuidada sala familiar y atravesaba de pronto el respaldo de una butaca finalmente tapizada, como si lurtivamente sustituya el tónico de un frasco por agua de la canilla para librarnos de la farmacia, era con espontaneidad absoluta. Sus ideas sobre la educación, el gobierno, la estructura social, la guerra, la música, la mujer, la universidad, la higiene, el deporte, los idiomas, la orquesta, las academias, siempre eran pensadas por sí mismo, fruto inviolable de su experiencia. Pero no sólo sus ideas: sus hábitos como ciudadano, como padre, como comensal o como artista, todo era tan heterodoxo como sincero.

Mi padre sentía a la humanidad sofocada entre innúmeras cosas innecesarias, y dioses flacos, e innumerable falta de cosas necesarias y de fe verdadera. Por eso quería a la vez suprimir tantas cosas e instaurar o restaurar algunas fundamentales. Bastante de lo que se llama cultura o civilización le

MI PADRE

parecía superfluo, destinado a menudo a explotar al hombre o mantenerlo menesteroso o distraído, lo mismo en lo mayor: los gobiernos, las grandes ciudades, las profesiones, los clerigos, la burocracia, la propaganda, el periodismo, que en lo menudo: la moda, el luto, los exámenes o las fiestas obligatorias. Lo entristecía la inmensa actividad improductiva de la humanidad, lo mismo en la guerra que en la paz; el simular producir, quizá más que la pereza misma; y la falta de decisión para que cada hombre sobre la tierra disfrute de hogar y familia, de techo y paz, de jardín y huerta. Sus reservas derivaban de su sospecha sobre todo aquello que debiendo pertenecer a lo sagrado de la vocación se convierte en profesión, o, todavía, mero medio de vida. Y tal era su sinceridad que pugnó, inválido, con un médico que con una inyección quería sacarlo de un síncope: creía hasta en ese momento que la naturaleza que —para su bien— lo había puesto en ese estado, era la única que podía librarlo de él, claro que amorosamente ayudada, por saber oírlo y complacerlo, con un caldo sabroso o un té fragante, y no a golpes de medicina. Así ha muerto sin haber sabido lo que era un termómetro, una vacuna, una inyección, un narcótico, una aspirina entera, un recuento globular, una dentadura, un cardiograma, un antibiótico; murió sin que él mismo ni nosotros supiéramos exactamente de qué: como si ésa fuera la verdadera muerte, tan natural, aceptada, respetada y milagrosa como el mismo nacimiento, como la vida. En cambio sí se preocupó de ser cremado, no sé si por higiene pública o por belleza de las ciudades, pues des-

aprobaba nuestros cementerios, catastróficos y comercializados.

En su amor a la simplicidad y su iconoclastia soñaba, como en alguno de sus escritos, con hacer volar del planeta —seguramente porque ya va madurando y no lo necesita o merece— las 463 morales y las 1.572 religiones. ¿Pero era un nihilista? No es fácil decir cuál era su religión, pero podría decirse que era la del Ser, la del respeto total a cada criatura, la del amor. En el retrato de su madre, Rosa del Mazo, está quizá toda su doctrina ética y espiritualista:

...En quien no hubo nunca
Una duda de Realidad
Ni una de Conducta
Ni un egoísmo
Ni un miedo
Ni una vacilación en el Sacrificio
Una queja
Una lágrima
Una superstición
Un descontento de que algo viva
De que algo muera
Porque en ella no hubo nunca
Un pensamiento para sí...

¿Se necesita algo más para honrar la tierra?

La Providencia lo regaló ricamente en sentido del misterio, poesía, humor, facultad analítica, rigor conceptual, inventiva, con una extraña polivalencia para la metafísica, la ciencia, la poesía, el arte; pero menos ricamente lo regaló en carácter, disciplina y acaso ambiente propicio. Su obra pudo ser sensiblemente más importante, porque era mente a la que mucho humano y algo de lo divino no era ajeno. Aquella cierta indisciplina, cierto no-sentido del tiempo, quizá cierta

convicción de que, de todos modos, algún día el microcosmos se identificará con el macrocosmos, o cierto menosprecio de las glorias del mundo, o cierta falta de la vanidad necesaria que yo juvenilmente solía reprocharle, recordándole que la inacción puede ser peor que la mala acción misma; algo de todo esto puede explicar que se hayan perdido muchas páginas escritas y varios libros no escritos, en todos los grados de la inexistencia a la semiexistencia. (El me contestaría que de toda su obra de pensador y de artista acaso valiera realmente algo un chiste, un verso, quizá algún cuento, alguna intuición metafísica o estética, y nada más...).

Creo que la música fué su mayor pasión; creo que la sentía y la buscaba más que a todo otro arte. Y que era más feliz borroneando en la guitarra

o al piano que en el papel. Sus sueños también eran musicales, y cuando unos acordes o una melodía fantasmal hendían el silencio de la madrugada, era que se había levantado a completar en el piano o la guitarra la música de un sueño.

En fin, padeció contradicciones y hasta oscuridades más o menos graves de carácter, y oigo que él quiere que así yo lo diga, pues si antes no amó que se crearan ídolos, desde la eternidad personal que era lema de su doctrina y de su vida menos habrá de quererlo ahora, ahora en que se ha librado de la mancha de la tierra —tierra iluminada era casi todo su ser físico pero tierra al fin y que llegó a pesarle— y libre de tiempo y espacio y fiel sólo al Ser confronta sus intuiciones metafísicas antiguas con su diaphanidad metafísica presente.